

LAURA FÀBREGAS

Diario de una traidora



«Con más traidores como Laura Fàbregas, las cosas nos irían mucho mejor: tiene la mala costumbre de escribir la verdad» Albert Soler



Diario de una traidora

Laura Fàbregas

Diario de una traidora

Una chica en el laboratorio pujolista

en
sayos

Prólogo de Albert Soler



Diario de una traidora

Una chica de pueblo en el laboratorio pujolista

A Josep Maria y Núria, mis padres

DEL ADVERSARIO SE PUEDE ESPERAR lo peor, pero no de uno de los nuestros. Que los hombres son seres eminentemente sociales se ve en los valores que estructuran las sociedades, desde las primitivas hasta las sofisticadas y atomizadas. O leyendo los Diez Mandamientos. Aparte del no matarás ni robarás, se dice que debemos honrar a nuestros padres y no desear los bienes o la mujer del prójimo. Esto es así porque lo que más penalizado está socialmente es ser un traidor.

Durante miles de años, los traidores eran condenados al ostracismo, y en un mundo salvaje y hostil un hombre aislado de la tribu no podía sobrevivir. Esta base moral está tan integrada en nuestra piel, es tan ancestral que es muy difícil oponerse a ella. Como el bebé que llora si le dejan solo, los adultos sentimos el mismo miedo recorriendo el

cuerpo cuando perdemos el apoyo de nuestro entorno. Y sé de lo que hablo, porque esta es la historia de una traidora. Mi historia. Sucedió en los años del *procés*, cuando me puse en contra de muchas de las personas que más he querido y con quienes he crecido y compartido infinidad de vivencias.

Pero en la traición también hay cosas buenas. Y las consecuencias ya no son morir aplastado por un mamut o canibalizado por otra tribu. Andoni Unzalo, a quien conocí poco, pero aprecié mucho, y que fue otro traidor a la patria vasca, me dijo que la traición es siempre necesaria para avanzar. La diferencia entre un converso y un traidor es que el primero reniega, olvida y niega su pasado. Tampoco asume ninguna responsabilidad sobre su trayectoria, mientras que el traidor no reniega de nada y tiene el valor de cambiar. Es gracias a estas pequeñas discrepancias o grandes traiciones que hemos superado el periodo Paleolítico.

Este libro explica mi evolución personal, que puede ser la historia compartida de tantos otros, y coincide con momentos clave de lo que se ha vivido en Cataluña en los últimos años. El oficio de periodista me ha permitido conocer a políticos de primera línea, a grandes periodistas o comunicadores y a intelectuales que también se han significado en el *procés*.

Esta etapa intensa la he vivido entre Barcelona y Madrid, y no puedo evitar pensar en mi fuero interno que mu-

chos madrileños, extremeños, aragoneses, etc., que tan ferozmente se oponían al nacionalismo, habrían caído también en esta espiral de locura colectiva de haber sido catalanes. Si escribo este libro también es, precisamente, para advertir de que la chispa de la división y la polarización puede prender en cualquier sitio si previamente se ha abonado el terreno. He decidido omitir los nombres de la mayoría de gente anónima que aparece en este diario, pero hablar con nombre y apellidos de quienes, por profesión o voluntad propia, han tenido —o tienen aún— un papel social relevante.

LA PRIMERA DIADA

MI PRIMERA MANIFESTACIÓN de la Diada sigue siendo hoy un recuerdo muy vivo, que atesoro con gran cariño por ser un capítulo central en mi biografía, del despertar de la adolescencia. Era antes de que el tema de la independencia se convirtiera en hegemónico, antes incluso de que TV3 y todo el sistema mediático catalán nos bombardeara para que asistiéramos a las manifestaciones. En aquel tiempo éramos cuatro gatos, jóvenes del entorno *cupaire*, y progres de la edad de mis padres, que se jactaban de no haber cambiado de opinión a lo largo de los años.

La iniciación política va a menudo de la mano del descubrimiento del amor. Recuerdo sus cabellos largos, tan bonitos, y cómo me indignó que un policía le llamara «nena» solo por provocar. Eran policías nacionales, en apariencia respetuosos,

que permanecían quietos como estatuas, pero que pretendían ridiculizar a los asistentes... ¡Qué tiempos! Faltaban uno o dos años para que los mossos d'esquadra se desplegaran por todo el territorio. Según el sociólogo Alberoni, hay un parentesco muy estrecho entre los grandes movimientos colectivos y el enamoramiento. Quizás por eso, una vez superada aquella fase inicial del estado naciente, he empatizado más con aquellos policías maleducados que con los manifestantes. Mucho antes de conocer el mítico poema de Pasolini, donde se manifestaba a favor de la Policía porque los jóvenes del mayo del 68 tenían «caras de hijos de papá», intuyendo que, nosotros, por muy rebeldes y alternativos que nos creyéramos, éramos los privilegiados.

Aquellos policías olían que habíamos tenido una vida mucho más cómoda que la suya, pese a nuestra estética abandonada, que intentaba aparentar que no nos interesaban ni la moda ni las marcas caras. Sus insultos, mira por dónde, eran los insultos de los oprimidos. Oprimidos no por los Borbones, sino por una sociedad catalana muy endogámica.

Era la manifestación de 2002, yo acababa de cumplir 15 años un par de meses antes. Lo recuerdo muy bien porque el año anterior habían tenido lugar los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York y nunca agradeceré lo suficiente haberme iniciado en el nacionalismo un año después de los terribles atentados. Me acuerdo perfectamente qué hacía en

esa jornada cuando dos aviones se estrellaron en el corazón de Nueva York, quiénes estábamos en casa, qué decían mis padres o los nervios de mi abuela, que eran los nervios de la generación que había sufrido una guerra. Percibí que había distintas formas de reaccionar al atentado. Me caí del burro cuando vi a mujeres y niños árabes celebrando el atentado. Para mí, la maldad en política solo la representaban los dictadores u hombres de uniforme que sometían a sus pueblos. No sabía que las masas podían estar llenas de odio, aunque aún tardaría bastantes años en percatarme de que el pueblo puede ser igual de totalitario. Mis vecinos, consternados, también vinieron a ver el atentado por la tele con nosotros. Diría que alguno vivió incluso con cierta satisfacción que el imperio, por una vez, hubiera sido abatido en su propio territorio. Reminiscencias de un pasado comunista que no está reñido con el hecho de estar entre las personas que más quiero y ser de las más buenas que conozco.

Para la Cataluña pequeña, en cambio, aquella en la que se oyen todos los campanarios vecinos, el *Once de septiembre* sigue infranqueable. También para mi primer amor, que era un poco mayor que yo y llevaba un tiempo asistiendo a las Diadas. Tal vez esto le impidiera, como a muchos de nuestros amigos, tener más presente aquel atentado. O puede que, en un mundo globalizado y competitivo, el nacionalismo sea, sobre todo, mirarse el ombligo.

Para una chica de pueblo como yo, aquellas manifestaciones también fueron las primeras incursiones en Barcelona, una ciudad que solo visitaba de pequeña con mis padres o con el colegio. No sabía moverme sola ni por sus grandes avenidas ni por sus céntricas callejuelas colindantes con Las Ramblas. Pero ir era excitante y divertido. Era el día en que la Cataluña rural iba de turismo a la capital. Independentistas, sindicalistas y políticos nacionalistas se reunían ante la indiferencia de la ciudad. Después de la mani y los conciertos, los mayores del grupo nos llevaban a bares y locales de lo más pintorescos, y yo trataba de memorizar el camino de vuelta a la parada del autobús nocturno, que nos devolvía a una multitud de jóvenes de provincias a nuestros pueblos durmientes.

Fue también después de una Diada cuando me quedé por primera vez a dormir en casa de mi primer amor. Él ya había estado en mi casa, pero yo me resistía a ir a la suya. Me daba pánico despertar y encontrarme a sus padres, porque, además, eran muy diferentes a los míos en todo. En mi casa éramos unos racionalistas liberales, de los primeros en tener internet y recibíamos con los brazos abiertos cualquier gadget tecnológico, de los más útiles a los más absurdos. Su familia, en cambio, era conocida por ser la única en el pueblo sin televisión. Vivían en una masía de payés, tenían un gran huerto, hacían la vendimia sin fines comerciales, y las toallas y servilletas de la mesa eran de hilo. Reducían a conciencia,

increíblemente, el consumo de plástico o de papel. También estaban en contra de los transgénicos, y tenían pegatinas en la puerta de la nevera reclamando «productos etiquetados en catalán». Practicaban una encomiable militancia con la lengua catalana. Eran de los que, si tenían que llamar a Telefónica o cualquier otro servicio, pulsaban el botón para ser atendidos en catalán, aunque esto muchas veces supusiera esperar más tiempo para recibir una respuesta al otro lado de la línea. Esta militancia activa a favor de la lengua yo nunca la tuve ni en mis momentos más politizados. Prefería pasarme al castellano y ahorrarme tiempo y dolores de cabeza.

Tan pronto como las manifestaciones de la Diada se volvieron masivas, dejé de ir. Algunos amigos lo atribuyen a este carácter mío de ir casi siempre en contra de algo. Lo ven incluso como un esnobismo gratuito. Yo ahora me congratulo por ello y lo vendo diciendo que soy «un error del sistema educativo catalán»; pero quizás, tal y como me dijo una vez Arcadi Espada, soy más «un error de la genética». Y es que mi padre y yo compartimos la inquietud de ir siempre a contracorriente. Mis hermanas y yo le debemos toda nuestra formación intelectual desde pequeñas. En mi caso, como buena empollona, cuando llegaba a casa sufriendo porque la maestra me decía «que el mundo está enfermo por culpa de los seres humanos», o cualquier otra chorrada, mi padre sabía convencerme para no caer en exageraciones.